

El Sr. Guiu, al terminar su brevisima relación de la defensa de Santa Cruz de Tenerife, pone una nota que dice así: «En el Museo de Artillería se conservan como trofeos de esta memorable jornada un cañón de bronce (señalado con el número 3) cogido á los ingleses, y una de las escalas que llevaron para el asalto, señalada con el número 1250.»

Sabido es que el almirante Nelson perdió un brazo en su fracasado intento de apoderarse de Santa Cruz de Tenerife, y perdió heroicamente la vida en la batalla de Trafalgar, lo que dió ocasión á nuestro insigne poeta D. Manuel José Quintana, para escribir aquel famoso verso:

Inglés te aborrecé; héroe te admiro.

Y ya que he citado un verso, bueno será recordar otros dos muy conocidos:

*Que tanto el vencedor es más honrado,
cuanto más el vencido es reputado,*

porque la aureola de gloria que inmortaliza el nombre del almirante Horacio Nelson, enaltece más y más á sus vencedores los isleños y peninsulares, que defendieron la plaza de Santa Cruz de Tenerife en el día 25 de Julio de 1797.

He escrito mucho más de lo que pensaba escribir al comenzar esta carta: pero así y todo, creo, mi buen amigo, que no merece los honores de la publicidad nada de lo que aquí he dicho. Si V. opina de un modo contrario al que yo acabo de expresar, no seré yo quien le niegue el derecho de hacer imprimir la presente carta; porque al fin y al cabo en ella se demuestra mi deseo de acceder á su invitación, para mí muy honrosa, y la imposibilidad de hacerlo del modo y en la forma que el caso requería.

Aprovecha esta ocasión para renovar á V. el testimonio de su antigua amistad y distinguida consideración,

LUIS VIDART.

De la Real Academia de la Historia.

RECUERDO DEL TIEMPO VIEJO

ESTA he creído siempre, y alguna otra vez lo he dicho en público, la conmemoración de los hechos gloriosos realizados por nuestros antepasados, como enseñanza provechosa para los presentes y estímulo para las generaciones sucesivas. Viniendo yo de fuera, he debido, sin embargo, y procurado sustraerme á toda participación en estas anuales expansiones de patriótico entusiasmo con que Santa Cruz de Tenerife celebra el que juzga suceso más culminante de su historia; mas hoy que la amistad me obliga á dar unas líneas que sirvan de contraste á trabajos excelentes, permítaseme llenarlas con un recuerdo de mi tiempo viejo.

Treinta y dos años hace que, muy joven todavía y lleno de las ilusiones forjadas en el Colegio, visitaba yo Londres y sus alrededores. Fuí á Windsor, residencia real entonces no ocupada. Un conserje ó empleado del Palacio, sirviendo de *cicerone* y mezclando palabras inglesas, francesas y castellanas, nos enseñaba y explicaba las distintas construcciones que constituyen el edificio y cada una de las dependencias de éste. Fuí viendo el grandioso comedor con su mesa inmensa, para 150 cubiertos; la Sala de audiencias, con su precioso techo y sus magníficos gobelinos; la llamada de Van Dyck, cubierta de retratos debidos al célebre pintor; la de recepciones, con paisajes de Zuccarelli y soberbias vistas; la de Waterloo, presidida por el retrato de Wellington; la destinada á Cuerpo de guardia, con un busto de Nelson, de tamaño natural y teniendo por pedestal un trozo del palo mayor del navío *Victoria*, atravesado por una bala...

Entonces ya yo había visto el lugar donde en la Habana descansan los restos de Colón; la tumba, en Mount Vernon, de Washington; los monumentos erigidos en San Pablo á Shakespeare y á Milton; la estatua de Wellington en Hyde Park, y la del mismo Nelson en Trafalgar square; después, por aquellos mismos años juveniles, vi el sepulcro de Napoleón en los Inválidos, los de Carlos V y Felipe II en el Escorial; y—lo confieso—nada hubo que tan vivamente me impresionara como la explicación trilingüe del *cicerone* de Windsor ante el busto del renombrado marino, el más popular acaso de los héroes de Inglaterra.

—Intencionalmente, nos decía, se le ha colocado aquí, como en sitio de honor, al frente de la Sala destinada á los oficiales de guardia, para que éstos, inspirándose en su ejemplo y evocando su espíritu, recuerden que Inglaterra espera siempre que cada uno de sus hijos cumpla su deber. En él verán cómo perdió un ojo en Calvi, más tarde un brazo en Tenerife, y luego la vida junto al palo mayor del *Victoria*, en Trafalgar... Tuerto, manco, y muerto por la patria...

Algún tiempo después vine á Tenerife, á esta tierra noble y cariñosa á la cual me ligan insolubles lazos de alegrías grandes y más grandes dolores, donde aún me sujetan á la vida seres tan queridos como los que en la muerte me esperan, y vi que en Tenerife no se han extinguido aquellos generosos sentimientos con que sus defensores trataron á los vencidos de 1797. Cumplido el deber de defender la patria, cumplido el deber de rechazar al invasor, obtenida la victoria, garantida la nacionalidad, incólume la honra; ningún rencor se guarda, ni hay agravios que vengar. Se festeja anualmente la memoria de